

«Fábulas y leyendas de la mar», de Alvaro Cunqueiro (en su tercera edición)

JOSÉ IGNACIO DíEZ FERNÁNDEZ

Alvaro Cunqueiro (1911-1981) ha sido considerado como un autor de literatura fantástica y, a menudo, conectado con el «realismo mágico» de la novela hispanoamericana del *boom*, aunque varias de sus obras son anteriores a la llegada de esta corriente a España. Cunqueiro quedó pronto al margen de las generaciones y movimientos literarios de su época. Incluso cultivó un género (si así puede llamarse) muy distinto del todopoderoso realismo social: se dedicó a una literatura de evasión, de fantasía de imaginación, y por eso quedó un poco apartado del mundo literario. Hay que tener en cuenta que en castellano no existía una tradición de literatura fantástica (una obra de imaginación, rara, de la época de Cunqueiro es *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (1951), de Rafael Sánchez Ferlosio; es la excepción que confirma la regla). Al mismo tiempo, faltaba una crítica especializada dedicada a estos temas y que fuera capaz de apreciar las novedades.

El desencanto de la vida cotidiana provoca la huida de Alvaro Cunqueiro: «para ello logra apoyarse en su inusitada capacidad de invención y mixtificación, en su erudición aprendida e inventada con la ayuda de la tradición galaica y las leyendas y mitologías mediterráneas, nórdicas, medievales (fundamentalmente del ciclo artúrico). Todo ello unido, o más bien hilvanando con una prosa florida y a la vez barroca»¹. Lo que define la narrativa de Cunqueiro es, pues, la fantasía unida a una gran cultura, el dato cierto y el falso, las tradiciones de un mundo antiguo y perdido para siempre, por el que tantas veces se lamentará explícitamente o no, la mezcla de mundos culturales diferentes y un estilo muy cuidado y peculiar (Cunqueiro mismo se ha autodefinido como un «jardinero del lenguaje»²).

Hay en Cunqueiro múltiples facetas aunadas por un común interés por la escritura. Es conocido fundamentalmente como novelista, pero comenzó publicando poemas de diversa valoración. Ha publicado también obras de teatro y multitud de artículos periodísticos, sobre todo en *El Faro de Vigo*, del que fue director. Pero sus mayores éxitos se deben a la novela: *Merlín y familia*, *Las crónicas del sochantre* (Premio Nacional de la Crítica, 1959), *Cuando el viejo Simbad vuelva a las islas*, *Las mocedades de Ulises*, *Un hombre que se parecía a Orestes* (Premio Nadal, 1968), *La vida y fugas de Fanto Fantini*, etc. Al igual que otros coetáneos y compañeros, practica el bilingüismo, que ya contaba con una cierta tradición que partía del *Rexurdimento* (Rosalía de Castro, Curros Enríquez, Pondal): se traduce él

1. Sigo a César Antonio Molina, «Alvaro Cunqueiro: la fabulación sin fin», *Ínsula*, XXXVI (1981), pp. 1, 10 y 11. La cita pertenece a la p. 10

2. *El País*, 27-VI-79.

mismo al castellano y, en un determinado momento, alterna la creación en ambas lenguas.

Lo que más destaca dentro de su narrativa es la gran capacidad de fabulación. Todos sus relatos están entretejidos a su vez por pequeños relatos y anécdotas en donde se revela el gusto por contar, por contar historias bien contadas. Frente a otros escritores de literatura fantástica, como Borges, Calvino, Bioy Casares, Perucho, «no existe una intención consciente de ir más allá del mismo placer de contar, de distraer y deleitar a un auditorio anónimo y silencioso»³. Pilar Vázquez Cuesta confirma una sospecha que surge al leer a Cunqueiro: que sus novelas son en realidad un grupo de cuentos unidos por una leve trama argumental⁴, lo que, a mi modo de ver, concede un nuevo interés a los artículos periodísticos de Cunqueiro, pues en ellos, el procedimiento constructivo es el mismo: a menudo un artículo enlaza dos, tres, o más historias breves. El estudio de la producción periodística puede aportar nuevos puntos de vista sobre su peculiar manera de narrar.

Se ha querido relacionar, con acierto, a Cunqueiro con fray Antonio de Guevara, escritor español del s. XVI que alcanzó una extraordinaria difusión y que fue obispo de Mondoñedo, localidad donde nació Alvaro Cunqueiro. Hay que recordar que Guevara causó una gran admiración en su época debido al increíble cúmulo de erudición clásica que volcaba en cada uno de sus libros. Posteriormente se descubrió que muchas de sus citas eran falsas, lo que le obligó a mantener algunas polémicas, y algo de todo ello ha quedado en el refrán «mientes más que el obispo de Mondoñedo», que aparece citado en el prólogo de Cervantes al *Quijote*. Pero hoy, desde la perspectiva histórica de más de trescientos años, se tiende a ver en Guevara, sí no un fabulador, sí un escritor lúdico, muy interesado en el juego y en la lectura como divertimento. Y, evidentemente, esa cualidad lo aproxima mucho a Cunqueiro, salvando el abismo del tiempo.

LOS ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

Son abundantes las colaboraciones de Cunqueiro en periódicos y revistas, lo que puede conectarse con la amplitud de intereses del autor: su visión nunca se ciñe a un tema concreto; la realidad le atrae, pero a ella suma su imaginación, sus recuerdos, sus reminiscencias literarias, de modo que esa realidad inicial queda ampliada y renovada. La antología *Fábulas y leyendas de la mar*⁵ recoge los artículos de Alvaro Cunqueiro que Néstor Luján ha ido recopilando pacientemente a lo largo de varios años. El extendido espacio temporal que abarcan se deja sentir en el libro: hay artículos más elaborados, frecuentes repeticiones de leyendas, anécdotas e incluso de citas; pero esto no empaña la gran calidad de la mayoría de los artículos, que provienen, sobre todo, de la revista mensual *La Hoja del mar*, y de *Sábado Gráfico*.

3. C. A. Molina, *ob. cit.*, p. 10.

4. Pilar Vázquez Cuesta, «Literatura gallega», en *Historia de las literaturas hispánicas no castellanas*, plancada y coordinada por José María Díez Borque. Madrid, Taurus, 1980, p. 886.

5. 3.^a ed., Barcelona, Tusquets, 1986. (Colección Marginales; 74), p. 13 (el número de p. corresponde siempre a la segunda edición —Barcelona, Tusquets, 1983—).

La unidad del libro deriva del tema de fondo de todos los artículos: el mar. El mismo Cunqueiro reconoce en varias ocasiones su fascinación por el mar (p. 11). El nació tierra adentro, pero pronto se trasladó a Vigo y allí estuvo viviendo frente al inmenso océano. En Cunqueiro, aparte de la fascinación que el mar ejerce sobre todo gallego, el mar cobra una dimensión personal, como se muestra en el relieve que adquiere en dos de sus novelas: *Las mocedades de Ulises* y *Cuando el viejo Simbad vuelva a las islas*.

Néstor Luján ha dividido el libro en cuatro grandes apartados que, aunque válidos, quizá resultan demasiado forzados. No obstante, es un intento de clasificación, esfuerzo plausible dada la dificultad de poner fronteras al mar, y, en este caso, a su tratamiento. Las cuatro divisiones vienen a ser las siguientes: 1) mitos, geografías, demonios y reinos sumergidos; 2) antiguas navegaciones y el Holandés Errante; 3) las sirenas; 4) zoología marina y la epístola de Santiago Apóstol a los salmones del Ulla.

Cada artículo es una pequeña obra maestra. Es una minúscula novela cunqueiriana, un breve entramado narrativo en el que se recogen leyendas y mitos antiguos que, a menudo, destacan el pobre presente vacío, sin comparación posible. Cunqueiro busca esa verosimilitud, ese antiguo valor que los críticos literarios han elogiado, infatigables, en la novela. Lo verosímil, es decir, lo que no es real, pero puede serlo, lo creíble, lo que es fantástico y mágico, pero... «para él, la verosimilitud de la imaginación era un axioma. Creía en aquel refrán provenzal que dice que las antiguas canciones nunca mienten»⁶. Al mismo tiempo, «con sus invenciones pretendía dar un rostro más complejo del mundo; hacer más vivaz y a la vez expresar su sorpresa ante la fauna y la flora mundanal, ante el hombre, «el animal más extraño», que adopta distintos rostros pero es siempre igual a sí mismo, ante los grandes y los pequeños trabajos humanos, que componen el rompecabezas de la historia»⁷. Es una fantasía que no busca sólo la evasión, sino que pretende una visión más rica de la realidad «normal», una «suprarrealidad».

En la introducción, Néstor Luján habla también de las posibles fuentes, o mejor, de los libros que Cunqueiro gustaba especialmente: la *Historia natural de los peces*, de Cuvier, la *Historia natural*, de Micer Ulises Androvandi (dos volúmenes en infolio), los caligráficos grabados zoológicos de los siglos XVI y XVII (uno de los artículos está basado en estos grabados: «La cerda marina y el pez con barba», pp. 205-208), la obra del obispo de Upsala, la de Olaus Magno, la *Navigatio Brandani* (crónica irlandesa del s. XII), Plinio el Viejo... El propio Cervantes, para componer su última novela, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, usó la obra de Olaus Magno; Cervantes enlaza, también, con obras medievales de los siglos XIV y XV sobre países desconocidos en las que se dan por ciertos numerosos fenómenos increíbles (y falsos), y se relaciona con gran cantidad de historias que cuentan las misceláneas del s. XVI (el *Jardín de flores curiosas*, de Antonio de Torquemada), en donde se relatan extraños sucesos de los que el autor quiere probar la veracidad. Claro es que la actitud de Cunqueiro hacia todas estas noticias reales (por existir en los libros antiguos) e inventadas es muy distinta de la que estos autores. Y con ello se llega al tema del humor y la ironía, que se tratará después.

6. *Fábulas* (...), p. 13.

7. *Fábulas* (...), p. 13.

«Pero ahora yo les hablo, no como erudito en el asunto, sino como un escritor de imaginación, y como un gallego que quiere para el océano que baña las costas de su pequeña patria una nueva aventura marinera»⁸. Erudición, imaginación, carácter gallego, el mar.

GALICIA. EL MAR

Toda la colección de artículos está inundada del amor a Galicia. Por todas partes aparece un plural de primera persona al hablar de Galicia: nosotros los gallegos..., en el que Cunqueiro se incluye orgulloso.

El mar es el hilo conductor del libro (y no siempre el océano Atlántico). Son muy frecuentes las alusiones a conocidas costumbres del gallego, a términos y palabras propias, a poemas gallegos, a historias tradicionales, etc. Cunqueiro habla, por ejemplo (p. 22), de la *saudade*, que puede corresponder al término castellano «nostalgia»: «saudade» diríamos los gallegos. «Saudade», palabra nada fácil, en la que parece haber confluído *solitudo*, *salus* y *suavitas*. No se sabe». De Mendiño recoge el célebre poema que Cunqueiro mismo traduce así:

«Me cercaron las olas grandes del mar,
y no tengo barquero ni sé remar,
esperando a mi amigo.
Me cercaron las olas del mar mayor,
y no tengo barquero ni remador,
esperando a mi amigo» (p. 24).

Otras veces cita un cantar gallego, anónimo, pero con traducción a pie de página: «Non te cases cun ferreiro./que é mui malo de lavare./ Cásate cun mariñeiro./ que ven lavado do mare!» (p. 28).

El mar lo es todo para el gallego, es fuente de lirismo, pero también recuerda los días menos felices en que había que dejar la tierra y emigrar: «El mar era la claridad, la brisa vivificante, la despesa, la libertad y la aventura, y en días dolorosos, el camino de la emigración ultramarina, con el «negreiro vapor» de Curros. El mar próximo lo conocía el gallego —y lo conoce— mejor que su tierra de valles, colinas y montes» (p. 28). Y constantemente se ilustra esta idea con la gran cantidad de palabras que el gallego ha usado para nombrar los peñascos de las costas, los peces, etc.

Cita también parte de un poema gallego (p. 170) que habla de una batalla, de una última batalla y de un último rey. Presume en varias páginas de la idoneidad de la *dorna* gallega, una embarcación insustituible. Se recuerda con frecuencia el pasado céltico de Galicia. En Cunqueiro están muy presentes todas las leyendas célticas. Puede ser puro placer, pero también puede estar descubriendo a sus paisanos una realidad desconocida para ellos. No sin orgullo les dirá: «Celta es la gaita, el humor de Wenceslao Fernández Flores y de Julio, la muñeira y hasta he de decir que esa costumbre modernísima de la quema de aguardientes tras el almuerzo o cena, que llaman a *queimada*, lo que llevaría a creer que el celta antiguo, el hijo o nieto de Breogán, ya sabía destilar el *bagazo* u orujo, habiendo in-

8. *Fábulas* (...), p. 150.

ventado la alquitarra» (p. 130). Pero, al tiempo, con esa velada y sutil pero presente ironía, desmitifica la obsesión por lo céltico: «los gallegos, con eso del celtismo nuestro, estamos muy contentos porque en una cantiga de los cancioneros gallego-portugueses se mencionaba el viejo dios del mar. El trovador cantaba: En Lisboa sobre lo mar/ Barcas novas mandei labrar./ En Lisboa sobre lo ler/ Barcas novas mandei facer» (p. 54), y ese «ler» se interpretaba como Llyr o Ller, dios del mar para los celtas, pero los filólogos han acabado con esa ilusión: «ler» significa playa guijarrosa (como glere, llera, Laredo).

Hay citas del refranero gallego (p. 272) y de cantigas gallegas («O faro de Corrubedo/ con seu ollar largacio./ai amor púxome medo!», p. 140). Se habla también de los *mouros* como gentes que guardan los tesoros, gentes antiguas que una vez poblaron Galicia y que no tienen nada que ver con los moros. Aparecen también las ciudades «asoladas» (p. 88), etc.

En resumen, Galicia, como es lógico, está muy presente en Cunqueiro, como exaltación de una tierra («mi Galicia», «mi país»), de unas costumbres, de una literatura, de una herencia céltica, de toda una cultura y una sensibilidad diferentes. Creo que ese ser y sentirse gallego ha influido decisivamente en la literatura de Cunqueiro orientándola hacia el relato breve, hacia el mito, hacia las historias de pretendidos visos tradicionales. Este componente gallego ha debido ser determinante en la dirección de la literatura fantástica de Cunqueiro.

El mar, base de los artículos, lo siente Cunqueiro de un modo especial e íntimo:

«Quisiera estar asomado al mar desde un alto cantil, viéndole ir y venir, cantar sordo o bruir terrible. Quisiera ver un velero; un tres palos, cruzar, viento en popa. Quisiera oír la arena cantar bajo mis pies. No se debe, no, estar ocho meses sin ver el mar. Ya sé que hay muchos españoles que no lo han visto nunca, y esto me entristece. Debía haber billetes de ferrocarril gratis para ir a ver el mar, los puertos, los barcos. España tiene tres mares hermosos, y los españoles deben conocerlos. Sobre todo los niños. Yo, de rapaz, como ahora de hombre, tenía media imaginación llena de relaciones marineras. Y sabía tantas historias del mar como de la tierra. No hay más hermosos caminos que los del mar, que los caminos que suben los salmones y las goletas de antaño y que éstos de los grandes transatlánticos de hogaño. Dan estos caminos poder, riqueza, fantasía» (p. 21).

Sobre todo fantasía.

LA FANTASÍA

Es lo que más ha destacado la crítica y lo que probablemente más agrada al lector de Cunqueiro: un riqueza de imaginación infinita. Es el poder de la fabulación. Pero no es una fabulación hacia el futuro, como la de los relatos de ciencia-ficción, sino una fantasía melancólica y evocadora de mundos desaparecidos. Cunqueiro critica la fantasía futurista al tiempo que clama contra el presente («Pero ahora...», p. 80). Por eso su fantasía aparece bajo el velo de la erudición, como arropada por multitud de citas, de nombres de autores, de títulos, de lugares, de dioses, de fantasmas, de reyes, de obispos, de guerreros, de animales, de demonios, visionarios, mares, buques, ríos, tierras, ciudades, etc. Es una fantasía con visos de verosimilitud que únicamente se revela como tal cuando el lector en-

travé la irónica sonrisa inocente o burlona del autor. Es una fantasía lúdica, en palabras de Diego Martínez Morrón⁹, una fantasía que sólo desea divertir, hacer gozar. Por eso creo que en Cunqueiro Fantasía va unida a Leyenda, *Ludus* y Erudición. Forman cuatro elementos difícilmente separables, en los que es imposible diferenciar la fantasía propia de la ajena, el dato real del ficticio, la leyenda tradicional de la de nuevo cuño; pero siempre está presente el juego, la diversión.

Las fuentes de las que parece nutrirse Cunqueiro son muy variadas, pues van desde las clásicas a las heterodoxas, conocidas y desconocidas, antiguas y modernas. El mundo griego goza de un papel especial (recuérdese la presencia de Ulises y de Orestes en su narrativa). *La Odisea* y Homero en general son una fuente importante. Además del vínculo cultural, existe la relación del mar, quizá más fuerte que la anterior: Grecia y Galicia son civilizaciones del mar. El mundo germánico, nórdico y céltico sobre todo, también se deja sentir (el *kraken*, Llyr, etc.). Los latinos le influyen a través de un autor tan destacado como Plinio el Viejo. Los hebreos y la *Biblia* atraen también su atención en muchas ocasiones (Noé, Jonás,...) así como las narraciones talmúdicas (Leviatán,...). *Las Mil y una noches* constituyen todo un genial laberinto en el que busca perderse gozosamente. Los historiadores de Indias (Gómara,...) transmiten, a través de Cunqueiro, su emocionada visión, aunque a veces no sea directa, de la América hispana. Pero Cunqueiro cita además a Perucho, Borges, Dunsany, Mallarmé, Corominas, Yeats, Cousteau y un largo etcétera. Todas estas fuentes le sirven de inspiración y pretexto.

Su concepción de la fantasía es romántica, como él mismo reconoce: le gusta más el mundo antiguo que el mundo moderno, prefiere las islas desconocidas a los ovnis (pp. 41 y 42): «Parece que en nuestro tiempo, las gentes, a fuerza de no creer en nada, están dispuestas a creerlo todo, las mayores pamplinas, con tal que caigan del lado de lo misterioso y lo sobrenatural, violen la estampa del vivir cotidiano».

Su método es aglutinante: recoge, aúna, funde y crea. Un ejemplo es el artículo titulado «Los dioses del mar» (pp. 52-55), en donde se habla de tres dioses de tres culturas diferentes: la finesa, la griega y la celta. Pensar que en cuatro reducidas páginas Cunqueiro hace un alarde de cultura y erudición da idea de lo asfixiante que puede resultar a veces para el lector. Pero la cultura de Cunqueiro no busca herir o acomplejar; más bien lo contrario. A menudo da un dato empleando la fórmula «como ya sabe», «como saben ustedes», con lo que se aproxima al lector en vez de distanciarse. Hay artículos de una gran cantidad de nombres y datos que no tienen una relación directa con la historia, sino que son notas marginales (aparentemente), pero que pretenden dar esa visión tan enriquecedora (un ejemplo: el artículo titulado «Los almirantes de los celtas» —pp. 146 a 149— donde toda la primera página está dedicada a tratar aquello de lo que no va a hablar). Es una erudición puesta al servicio de la fantasía y del juego. No transmite la idea de un autor pedante. El mismo dirá de «algunos eruditos» que son «de esos que lo quieren aclarar todo» (p. 97). Su erudición es estética y grata; bella.

En alguna ocasión Cunqueiro lamenta que la realidad no alcance a la imagi-

9. Diego Martínez Morrón. *La fantasía lúdica de Alvaro Cunqueiro*. La Coruña, Edición de Castro, 1980.

nación (p. 94). Es una desgracia que lo que el hombre es capaz de crear con palabras no tenga siempre una correspondencia en el mundo. Critica con dureza el realismo en literatura: refiere (p. 226), a tenor del verso de Garcilaso que sobre el cisne dice «dulce muere y en las aguas mora», que el Brocense se informó, a través de unos vecinos de Tordesillas, de que el cisne no canta al morir. «Fue fuerte cosa aceptar la opinión de unos de Tordesillas contra toda la poesía de los siglos, pero ahí quedó sentenciado el asunto. No me explico cómo el bando del realismo literario hispánico no puso una lápida en Tordesillas, en pared frente al río y a la fuente que dijese: «Aquí se probó que no canta el cisne». La imaginación es superior. Tiene un poder que algunos se encargan de desvirtuar, con especial disgusto de Cunqueiro. Por eso él prefiere hablar de dioses marinos, de monstruos, demonios, el *Holandés Errante*, de las sirenas, pues el hombre tiene una necesidad innata de países desconocidos y de islas extrañas (p. 144). Pero ahora «el mar está demasiado escrito» (p. 143) y por eso el hombre mira al cielo y busca ovnis en un desesperado intento de encontrar de nuevo la aventura, lo desconocido. Además, nuestro mundo se va afeando, porque va haciendo desaparecer lo hermoso, como los delfines. Recuerda un viaje que hizo hace cincuenta y cinco años, y recuerda haber visto a los delfines en el mar. Pero hoy ya no están (ese hoy atrozante para Cunqueiro del que hay que evadirse hacia atrás, hacia el pasado, en busca de la ilusión y el misterio). Los delfines «se han ido para no volver» (p. 145). «Pero por muy corto que sea el viaje, siempre en el corazón del hombre está la emoción de la llegada. La nave amarra y saltas a tierra, y eres Ulises, aunque no quieras» (p. 145).

De ahí también la importancia del sueño como evasión, como realización de deseos y como fantasía sobre todo; Cunqueiro habla de «los celtas soñadores», y en ello se aproxima a su admirado Lord Dunsany y sus *Cuentos de un soñador*. Cunqueiro es un soñador que quiere transmitir su sueño emocionante a todos sus amigos. Le gusta inventar: la verdadera historia de Alejandro Magno no le interesa tanto como la leyenda, y Cunqueiro afirma haber escrito al héroe, en cuaderna vía, nuevas historias imaginadas (p. 154). Comprende perfectamente a los reyes nórdicos cuando, al convertirse al cristianismo, tuvieron que inventar una huida de la Sagrada Familia a Egipto a través del mar (p. 169). Un hombre que defiende poder hablar de las sirenas, aunque parezca que pierde el tiempo (pp. 189-190); un hombre que reconoce que lo que le ha «preocupado en diferentes ocasiones (...es) si se ríe en sueño o si los peces oyen» (p. 222); un hombre así, aunque conoce la realidad, prefiere soñar. Y sueña.

NARRATIVA, LÍRICA Y PERIODISMO

Los tres géneros, separados tradicionalmente, forman un poderoso entramado en los artículos de Cunqueiro.

La motivación de cada una de estas piezas cortas es diversa, pero casi siempre arranca de un acontecimiento reciente. Lo más frecuente es que la aparición de un nuevo libro en el mercado, o un libro que acaba de leer, ante el que se reacciona con gusto o con antipatía, motive el artículo. Pero también puede ocurrir que sea una película (*Tiburón*, p. 30), un disco (pp. 52 y 86), una entrevista (p. 242), una conferencia (p. 111) o la contestación a un artículo (p. 129). Siempre el

arranque es un suceso real que retrotrae al lector hasta los inmemoriales tiempos en los que Cunqueiro se siente mejor. Son constantes las referencias a la actualidad al comienzo y al final de cada artículo. Cunqueiro manifiesta una especial y explicable aversión a los petroleros y a las mareas negras, por lo que más de una vez al hablar de bestias y monstruos marinos establecerá el paralelismo entre las amenazas del mundo antiguo y los «leviatanes» del moderno (p. 29). Para mi gusto de lector, estas correlaciones no siempre son afortunadas: unas veces, por forzadas, y las más por demasiado evidentes. Cunqueiro es un autor de imaginación, y seguir la línea de denuncia y crítica marcada por algunos escritores gallegos (el mismo Cunqueiro cita a Curros Enríquez) no creo que sea su mayor logro. La mezcla de erudición, fantasía y denuncia, no siempre agrada.

Al lado de la faceta periodística (la actualidad y la crítica) es importante el componente narrativo. Ya he indicado que lo que le gusta a Cunqueiro es contar, y esto se ve claramente en la «La afición al terror» (pp. 30-34), donde de una historia se pasa rápidamente a otra... (véanse también las pp. 256 y ss.). El recurso puede provocar una sensación de improvisación, aunque la estructura de los artículos de Cunqueiro está muy determinada previamente. Suele reducirse a lo siguiente: 1.º explicación del «detonante» del artículo: un libro, un disco...; 2.º rápida incursión en el terreno legendario y mítico, uniendo, generalmente, dos o tres anécdotas; 3.º conclusión, que puede resumir brevemente la aplicación del segundo apartado al comienzo, o bien, trazar el paralelo con el momento presente. A menudo hay una nota de humor al final. Cunqueiro mismo desvela su método compositivo cuando dice: «Durante años, leyendo textos de aquí y de allá, los más novelísticos o poéticos, he ido anotando todo lo que se decía de faros...» (p. 138). Trasládese esta declaración a los demás temas del libro y no sólo a los faros y se verá cómo Cunqueiro vierte en cada artículo sus años de lecturas, lo que enriquece el texto hasta darle ese parecido a un *puzzle* que se compone de las piezas más variadas, pero que forma una hermosa figura.

Los artículos son pequeñas novelas o esbozos de novela que carecen de un hilo argumental más o menos sólido, de extensión suficiente, al tiempo que reúnen una multitud de pequeñas historias. A veces el autor hace alusión a sus novelas (pp. 147 y 180), y explica cómo se documentaba para escribir determinados capítulos, o cómo en esa parte del libro expuso su opinión sobre una debatidísima cuestión por los autores fantásticos que él cita.

Además de una constante apelación al lector («como saben»), un gran interés por la historia y evolución de las palabras (p. 140) todo el libro está salpicado de hallazgos poéticos, de líricas descripciones y frases de gran belleza. Su sentimiento ante el paisaje se refleja a menudo en los textos, pero hay dos artículos en los que lo lírico prima sobre los otros dos factores señalados: «Cabo Ortegal» (pp. 170-172), «...Y, en la noche, el mar» (pp. 173-176).

Otro componente es la parodia, representada sobre todo en el artículo que cierra el libro: «Epístola de Santiago Apóstol a los salmones del Ulla» (pp. 279-282), pero con ella se abre un campo demasiado amplio para las intenciones de este trabajo.

HUMOR E IRONÍA

Si hubiera que definir a Cunqueiro con dos palabras, probablemente las más acertadas serían: fantasía y humor. Desde la primera página hasta la última Cunqueiro da una visión del mundo antiguo repleta de ironía. Su método es variado: citar una frase conocida aplicada a una situación distinta de la originaria (p. 24); manifestar soluciones hipotéticas a un hipotético problema (p. 128); citar una «autoridad» para mostrar la veracidad de lo que se afirma («hasta el siglo XVIII, tiempo en el que, según Cabell, hubo una gran reforma monetaria en el Infierno, los demonios no manejaban monedas modernas», p. 77), etc. Probablemente el humor proviene de la actitud pretendidamente seria con que aborda problemas increíbles y de los que incluso llega a dar una bibliografía (p. 79). Muy usado también es el sistema de dar por sabido algo que evidentemente no lo está y resulta además poco convincente («es sabida la enemistad de los poderes demoníacos con Napoleón Bonaparte...», p. 36; «se ha sostenido siempre que la artillería la usaron antes los demonios que los hombres y que no necesitaban pólvora para sus cañones, ya que utilizaban los rayos y centellas de las grandes tormentas», p. 37). El humor también deriva de la ambigua actitud de Cunqueiro: expone unos hechos que considera conocidos, pero entre líneas se trasluce una irónica sonrisa («de que los países que figuraban en los mapas de Clam'horten hablaban, no hay duda...», p. 73). Su seria actitud ante la cuestión examinada le lleva a aparecer a veces como un verdadero erudito que desea proseguir las investigaciones hasta donde sea posible («sentado esto, puede admitirse que los peces —algunos peces— puedan tener creencias religiosas y también opiniones políticas. De esto sabemos muy poco. Además existe la creencia llana de la ignorancia de los peces, de donde vendría el decir de un estudiante que está pez en matemáticas o en latín, por ejemplo», p. 223).

Es indudable que la ironía caracteriza a Cunqueiro como escritor moderno. Frente a la fe de los escritores renacentistas y medievales en lo que ellos mismos contaban, Cunqueiro adopta esa inteligente postura ambigua, irónica: se cuenta la historia, pero un comentario, el destacar un detalle, revela que Cunqueiro no se toma tan en serio lo que dice. Cunqueiro es un maestro del difícil arte del humor y la ironía.